

Imagen de Rusia en tres textos hispanoamericanos

C. García Ávila
(México)

Resumen

En este trabajo se analizan tres textos hispanoamericanos en los cuales se va a estudiar la imagen de Rusia que se construye en cada uno de ellos. Se han tomado textos pertenecientes a diferentes géneros y épocas: un cuento de Rubén Darío, unas crónicas periodísticas publicadas en la revista mexicana *Pegaso* (1917) y un poema de Efraín Huerta, un poeta mexicano simpatizante de la URSS. Se pretende analizar un aspecto sobresaliente en el cuento de Darío, la imaginación, por medio de la que se exaltan algunos valores positivos relacionados con Rusia pero encarnados en sus personajes; en el caso de las crónicas, se observa un interés por el lujo de la vida zarista y, principalmente, del emperador y su familia, así como una consternación por la guerra revolucionaria y la pérdida de ese mundo idealizado de príncipes, bailes y ceremonias militares. En cuanto a Efraín Huerta se refiere, la simpatía política por la URSS y el viaje que hizo para conocer los países del bloque socialista lo impulsan a ensalzar la ciudad de Moscú. En los tres ejemplos hay una idealización de la lejana nación rusa.

Rusia como espacio imaginario en tres textos hispanoamericanos

¿Cuál es la imagen de Rusia en algunos autores hispanoamericanos? Esta pregunta guiará los comentarios vertidos en este trabajo, pues lo que llama la atención es el hecho de que, pese a la lejanía geográfica parece que ha habido cierta curiosidad por Rusia. El material de análisis será, en primer lugar, «La Matuschka (cuento ruso)», del nicaragüense Rubén Darío (1867-1916), el cual se publicó por primera vez el 1° de febrero de 1889 en *La Tribuna*, Valparaíso, Chile. En segundo término, se hará una sucinta referencia a una serie de crónicas acerca de la crisis bélica en Rusia, publicada en una revista cultural mexicana que llevaba el título de *Pegaso. Revista Semanal*, vigente de marzo a junio de 1917. Por último, se tomará un poema dedicado a Moscú, escrito por el mexicano Efraín Huerta (1914-1982), en el que se puede constatar su gran admiración por la URSS, ya que este autor fue un convencido militante de la izquierda en México.

Es importante hacer una aclaración preliminar, siguiendo a Franco Moretti (Moretti, 1999, p. 7), la presencia de la geografía en la literatura puede tener dos vertientes (su estudio sólo se centra en la novela europea, pero hay ideas que serán útiles para este trabajo). Por un lado, puede tratarse de un *espacio imaginario*; éste proyecta imágenes acerca de los sentidos semióticos del espacio en las obras literarias: dónde ocurren las acciones principales, de qué acciones se trata, de dónde es el personaje malvado, de dónde proviene el protagonista y qué efecto tiene esto en la historia, cuáles son las fronteras internas y cuáles las externas, qué ocurre en ellas. Por otro lado, Moretti (Moretti, 1999, pp. 148-149) se refiere a los espacios reales en los que circularon las novelas, dónde se compraban y consumían, cómo se accedía a las bibliotecas, qué se leía, y de qué manera se

fue construyendo un canon de obras mayores. Para este ensayo, sólo me referiré al primer concepto: el espacio imaginario.

La representación de Rusia en el Continente Americano fue explorada en un breve comentario de Antonello Gerbi (1982) con el fin de explicar el paralelismo entre los Estados Unidos y Rusia en pensadores del siglo XVIII y XIX. Este estudioso cita al ruso Crèvecoeur, quien al dirigirse a los americanos, expone que estos dos pueblos podrían compararse por el hecho de que en ambos se experimenta la novedad en el conocimiento, las artes y en el progreso: «quién sabe qué tipo de revoluciones aportarán estos pueblos al mundo» (Gerbi, 1982, p. 805). Ahora bien, con la noticia del absolutismo zarista, hubo quien planteó que la única geografía abierta al ejercicio de la libertad se encontraría en los Estados Unidos (Gerbi, 1982, pp. 805-806). Y por el contrario, la Guerra de Secesión y el conflicto de la esclavitud sirvieron para que pensadores como Tommaseo condenaran a ambas naciones: Rusia por la tiranía y Estados Unidos por el fratricidio. Otro autor que glosa Gerbi se refiere a la fuerza que iban cobrando tanto los Estados Unidos como Rusia, a tal punto que concibe que atemorizan a Europa y a China también (Gerbi, 1982, p. 806). En conclusión, este autor considera que en esas opiniones recolectadas se observa una tendencia a la mitificación, a la generalización y fácil esquematización a través del contraste de las dos potencias, pero poco contribuyen a interpretar la contraposición entre el Viejo y el Nuevo Mundo (tema del libro).

Si se toma el ejercicio comparativo de Gerbi como un antecedente, podría señalarse que dos aspectos de Rusia llamaron poderosamente la atención en América: por un lado, su gran extensión y, por otro, la fastuosidad del imperio y el radical giro revolucionario que conllevó al establecimiento del régimen soviético, de modo que la guerra aparece como un tema no sólo de actualidad (como se presenta en la revista cultural *Pegaso*), sino también como materia prima para un cuento de Rubén Darío. Habría que subrayar, por otra parte, que pueden distinguirse dos maneras de experimentar las geografías extranjeras. Por un lado, estarían las representaciones que provienen de las lecturas, el estudio de mapas y la imaginación; por otro lado, las que se elaboran a partir de la experiencia física del viaje, del traspaso de fronteras.

Esta idea la he tomado de Gunn (Gunn, 1977), quien analiza el tipo de acercamiento que tuvieron algunos escritores norteamericanos y británicos al escribir acerca de México. A decir de este autor, pueden distinguirse tres tipos de experiencias que marcan discrepancias. Por una parte, hubo autores que sólo tenían datos de la cultura mexicana a través de la cultura México-americana de Texas y del suroeste americano; en otra categoría entran los escritores que solamente recurrían a lecturas y a su imaginación; por último, destaca a quienes cruzaron físicamente la frontera, ya que este desplazamiento y el hecho de observar con sus propios ojos las costumbres extranjeras, abrió perspectivas nuevas en sus respectivas obras. Este autor plantea, asimismo, que los viajes físicos pueden llegar a convertirse en «peregrinaciones espirituales o mentales». El poeta Rainer María Rilke podría ser un ejemplo para ilustrar esta última aseveración, pues se conoce de sobra que, después de su primer viaje a Rusia, quedó impresionado, y este interés perduró a lo largo de su vida, al punto de que el poeta austriaco estudió ruso para poder leer a los autores que le gustaban, además de que emprendió un segundo viaje a aquella nación (Azadovski, 1984, pp.1-41).

Rusia en un cuento de Rubén Darío

Ahora bien, habrá que señalar que Rubén Darío fue un gran viajero, tanto en América como en Europa, pero no se tiene noticia de que haya visitado Rusia. De todos modos, su labor como cronista del diario argentino *La Nación*, le permitió desarrollar una acuciosa capacidad de observación (Miranda Aburto, 2014). El «cuento ruso» parece nutrirse de algunas lecturas y de la imaginación del autor. La imagen de Rusia que se representa en este cuento tiene que ver con el escenario de la guerra, pero el cuento está centrado en el vínculo emotivo entre una anciana solitaria y un joven soldado por quien ella siente un lazo filial fuerte. Cabe destacar el nacionalismo que demuestran los soldados del cuento, ya que esto subraya su amor por Rusia y contribuye a la verosimilitud de los personajes, ya que se crea la imagen del soldado comprometido con su patria. Quizá podría señalarse este apego nacionalista como uno de los rasgos sobresalientes para caracterizar a Rusia, tal vez comparte un rasgo en común con el orgullo latinoamericano que aflora principalmente en tiempos de crisis sociales (como la Revolución Mexicana, la Guerra del Chaco o la actual crisis con el vecino del Norte, Estados Unidos). «La Matuschka (cuento ruso)» está contado en primera persona, desde la perspectiva de un soldado herido; las primeras líneas son las siguientes:

¡Oh, qué jornada, qué lucha! Habíamos, al fin, vencido, pero a costa de mucha sangre. Nuestra bandera, que el gran San Nicolás bendiga, era, pues, la bandera triunfante. Pero, ¡cuánto camarada quedaba sin vida en aquellos horribles desfiladeros! [...] Yo no sentía mi dolor, la Patria rusa estaba victoriosa (Darío, 2016, p. 116).

La trama del cuento es sencilla, ya que el diálogo que sostienen el soldado herido y la Matuschka tiene como objetivo saber si el pequeño soldado que servía de tambor en el regimiento sigue con vida o ha muerto. La anciana quería a este jovencito como a su hijo. El final es una escena dramática por la tristeza que siente esta mujer al ver el cadáver de Nicolás. El personaje de la matuschka es un ejemplo de bondad, ya que desinteresadamente alimentaba a cualquier soldado, sin importar a qué bando pertenecían. Puede comprobarse que Darío creó este escenario de la guerra en territorio ruso a través de lecturas y, probablemente, pinturas. La ciudad en la que se ubica la historia es Petersburgo, y todos los personajes tienen nombres que parecen rusos por sus terminaciones en *-itch* o *-enko*. El editor Alberto Paredes señala a Pushkin (quien, por cierto, aparece como personaje en el cuento, ya que la matuschka lo conoció cuando era joven con el apelativo de «El Gran Duque») y a Tolstoi como posibles fuentes de referencia (Darío, 2016, p. 119). Un ejemplo muy revelador es que la bebida que ofrece la anciana a los soldados se llama *schnaps*, que para los oídos hispánicos es claramente un vocablo extranjero, pero en realidad es un bebida de origen alemán y no ruso (Darío, 2016, p. 118).

Como observación final, habría que subrayar las cualidades positivas de los personajes: la valentía de los soldados y su entrega a la patria, así como la bondad de la anciana. Por otra parte, no queda claro si hay una referencia concreta a alguna de las diferentes guerras que sostuvo la nación rusa. A partir de la alusión a «la canción del soldado de Kulugi», el editor especula acerca de la posible mención de guerras que ocurrieron en la región de Kaluga y que son escenario de obras de Balzac, Tolstoi y Erckmann-Chatrian, pero no es posible inferir nada concreto al respecto (Darío, 2016, p. 119).

Rusia en *Pegaso: Revista Semanal*

En cuanto a la serie de crónicas que aparecieron en la revista *Pegaso* (México) en 1917, el mismo año en que estalló el conflicto armado entre mencheviques y bolcheviques en la Rusia zarista, puede destacarse que se presenta a la manera de una serie de crónicas. La que se titula «El zar Nicolás II íntimo» se publica el 22 de marzo de 1917, en el tercer número de la revista. Tiene el tono de las revistas sociales o de modas y presenta en un lenguaje ameno las rutinas cotidianas del zar y su familia; el texto se acompaña con fotos en blanco y negro de la familia de Nicolás II, así como de una imagen del zar con su estado mayor, todos montando a caballo. Se presenta al emperador como un hombre de Estado, responsable, muy ocupado y atento a su familia, aunque no demasiado. Se les nombra con vocablos que aluden a la nobleza: «el Emperador, el pequeño Príncipe, la Emperatriz y las Grandes Duquesas». Se habla de la Navidad y las Pascuas como celebraciones muy elegantes y con grandes fiestas. Aquí muestro un ejemplo de cómo se narra lo que ocurre cuando termina la comida en la celebración de la Pascua:

El emperador abraza tres veces a cada uno de los asistentes y la Emperatriz, de acuerdo con la costumbre, les da a besar la mano. En esta ocasión, el Zar da el beso de Pascua a más de tres mil personas, y cada uno recibe un huevecillo de metal precioso, o piedra dura de Oural, cincelado artísticamente (*Pegaso, Revista Semanal*, 1917, 3, p. 67).

Es claro que lo fastuoso de la fiesta y el ambiente de la nobleza rusa destaca en la nota, que no va firmada. Quizá porque se asume que los lectores se sentirán atraídos por esa aura de misterio y distinción que nada tenía que ver con la realidad mexicana. Posteriormente, en el número 9, correspondiente a mayo se da la noticia de que «Rusia se Muere». Esta crónica tampoco lleva firma y va acompañada de algunas fotos: en una se capta el momento en que unos patriarcas de la iglesia bendicen una camioneta de la Cruz Roja en la Plaza Roja de Moscú; la otra foto contrasta unos labriegos rusos conduciendo una carreta con los empleados de una pequeña fábrica en los suburbios de Moscú. Esta crónica es muy expresiva y trasluce la sorpresa del redactor, así como la alarma que causó la noticia de la insurrección revolucionaria. A continuación cito unos fragmentos en los que se constata esta reacción emotiva ante los hechos (*Pegaso, Revista Semanal*, 9, 1917, p. 207):

El gobierno imperial de su majestad omnipotente, el Zar de todas las Rusias ha sido derribado por una revolución de ocho días. [...]

Rusia ha pasado sin transición del autocratismo mayor del mundo al gobierno más democrático, quizás la República. No está lejos el día en que despierte el coloso. Entonces, ¡ay, Occidente! Rusia entra a la vida del siglo XX con veinte siglos de retraso; pero tal como va, los franqueará en ocho meses. Rusia entra a la vida de la civilización; y sin embargo, ¡Rusia se muere!

Se muere porque es imposible concebirla sin el autocratismo imperial [...] Nuestra Rusia es el país de la opresión y de la tiranía —seguramente, es esto un prejuicio, por lo que gustamos de fortalecerlo a diario con abundante lectura— [...]

Es tal el lamento por la tragedia de Rusia, que casi al final se exclama: «Rusia, Rusia. Desde los lugares extraños donde estoy, a esta gran distancia atravesada por muchas cadenas de altas montañas, te miro claramente, ¡oh, mi país. Y más adelante, para terminar: «Rusia se muere; pero de sus cenizas, como otra Ave Fénix. Menos heroica, menos personal, menos grandiosa porque no llevará en su frente el estigma del dolor» (*Pegaso, Revista Semanal*, 9, 1917, p. 208).

Al igual que en el cuento de Darío, parece ser que el estado de guerra levanta admiración por Rusia, sólo que la crónica, al basarse en la noticia histórica de la caída del Zar, revela la respuesta de lamento frente a la caída del manto imperial y de todo lo que representaba para el redactor de la revista *Pegaso* —y podría suponerse que muchos lectores compartirían el mismo punto de vista—; el texto explica, de algún modo, que la admiración por el «gran coloso» tiene mucho que ver con la figura del Zar y de su corte (aunque se acepte que, seguramente, es un prejuicio). El adjetivo «nuestra», aplicado a «Rusia», revela qué imagen se desea crear del remoto país. Incluso se sostiene que la lectura del «ochenta por ciento» de los escritores rusos sería difícil de comprender sin la figura del Zar (*Pegaso, Revista Semanal*, 9, 1917, p. 207).

Rusia en un poema de Efraín Huerta

Por último, Efraín Huerta, un gran admirador del régimen soviético y militante del Partido Comunista Mexicano compone un poema que es ejemplo del escritor que se nutre de la experiencia del viaje y, cuando traspasa físicamente las fronteras, mira con sus propios ojos todo aquello que le resulta atractivo, extraño, diferente o repulsivo. En el texto «Descubrimiento de Moscú», lo que sobresale es la admiración por la enorme y revolucionaria ciudad, y con esta intención de encomio, una de las figuras retóricas más recurrentes es la hipérbole. Cito algunos versos de la primera parte que lo demuestran:

No hay ciudad sin milagros, pero lo milagroso
es que Moscú parece un millón de milagros.
[...]
te comparo a una geometría de sonrisas y al llanto puro de la madre,
ciudad madre del mundo donde un río es la balada que pasa como en sueños
(Huerta, 2014, pp. 202-203)

El poema asimila toda la retórica de la Revolución Rusa y, en su segunda parte, hace un elogio del Mausoleo de Lenin; la escena evoca a una madre encorvada, quien va con sus dos niños a ver al héroe revolucionario:

Van a verlo y a oírlo. Porque habla,
y en su voz de metales que conmueven
hay el ritmo de Octubre y los hurrás
ametrallando el palacio de Invierno.
(Huerta, 2014, p. 204)

El embelesamiento del poeta se centra, en la tercera parte, en la figura del «Generalísimo Stalin», de quien asegura, citándose a sí mismo, que: «ningún hombre en el mundo trabaja más que él». Un fragmento de su alabanza es el siguiente:

Se llama José Stalin, y es un hombre mayor de 70 años.
Pero vale por siglos
[...]
Cinco soles para que Stalin pueda leer y pensar,
Vivir, seguir viviendo y sostener en alto
La azul bandera de la paz del mundo.
(205)

Al final, el poeta se muestra satisfecho por haber viajado a Moscú; podría decirse que le agradó constatar el estado de paz, bienestar y conocimiento que pudo observar en su trayecto. Sin embargo, es claro que Huerta fue a encontrar lo que ya imaginaba desde antes del viaje porque su convicción ideológica de algún modo lo requería:

Creo haber descubierto Moscú,
que es como haber bebido un poco de la sangre luminosa
del corazón de hierro y seda de la URSS.
(206)

Como comentario final, habría que resaltar la idealización de la URSS en este poema que deja en claro la simpatía del autor por el proyecto político de Stalin, y aporta una prueba de la ignorancia de las atrocidades que cometió el dictador. Ni siquiera el viaje físico pudo abrir los ojos a Huerta, seguramente porque fue guiado bajo protocolos de seguridad estrictos. Pareciera que, desde una perspectiva o la otra, la tendencia en los textos analizados fue el asombro hiperbólico que provocó el remoto país, puesto que se osciló entre la admiración por el zarismo o por la revolución. Los textos revelan que la construcción de estereotipos impide una comprensión más precisa y dialógica acerca de la cultura rusa, con toda su diversidad y con las contradicciones históricas que la han caracterizado.

FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA

1. DARÍO, RUBÉN, 2016: «La Matuschka (cuento ruso)», en *Retrato del poeta como joven cuentista*, est. y ed. Alberto Paredes, pról. Alfonso García Morales, México, Fondo de Cultura Económica.
2. MORETTI, FRANCO, 1999: *Atlas de la novela europea*, trad. Stella Mastrangelo, México, Siglo XXI Editores.
3. GERBI, ANTONELLO, 1982: «Paralelo entre los Estados Unidos y Rusia», en *La disputa del nuevo mundo. Historia de una polémica, 1750-1900*, trad. Antonio Alatorre, México, Fondo de Cultura Económica, 2ª. ed., pp. 805-806.
4. GUNN, DREWEY WAYNE, 1977: *Escritores norteamericanos y británicos en México*, trad. Ernestina de Champourcin, México, Fondo de Cultura Económica.
5. AZADOVSKI, K. M., E. PASTERNAK Y E. PASTERNAK, 1984: «Introducción», en Boris Pasternak, Marina Tsvietáieva y Rainer María Rilke, *Cartas del verano de 1926*, trad. Selma Ancira, versión de los poemas en ruso Tatiana Bubnova, México, Siglo XXI, pp. 19-63.

5. MIRANDA ABURTO, WILFREDO, 2014: «El periodista Rubén Darío», en *El Confidencial 20 Años*, Managua, 20 de febrero. Disponible en internet <http://confidencial.com.ni/archivos/articulo/16208/el-periodista-ruben-dario>, consultado en junio de 2017.
6. PEGASO: *REVISTA SEMANAL*, 1917: México, Fondo de Cultura Económica (edición facsimilar, 1979).
7. HUERTA, EFRAÍN, 2014: «Descubrimiento de Moscú», en *Los poemas del viaje [1949-1953]*, *Poesía completa*, México, Fondo de Cultura Económica, 3ª ed., pp. 202-206.